

tía predilección, le divagaba, mitigando un tanto sus dolencias. Obedecióle al punto, y tocó lo que se le pedía por buen espacio, al cabo del cual acudió á ver al enfermo: Landesio se había dormido para siempre.... ¡Cuán cierto es que la realidad es á veces más poética que las ficciones de la fantasía!

Diciembre de 1904.

GABRIEL GUERRA



GABRIEL GUERRA

De los discípulos que más honran á la antigua Academia de San Carlos, hoy Escuela Nacional de Bellas Artes, fué sin duda el escultor Gabriel Guerra, muerto en México el 3 de Noviembre de 1893 á la edad de 46 años. Había nacido en la Villa de la Unión, cerca de Lagos, y en León educóse por haberse establecido en esta ciudad su padre con la mira de dedicarse al comercio. Ya adulto, por algún tiempo fué esta la principal ocupación del joven Guerra, quien, sin embargo, sentíase grandemente atraído hacia un género de trabajo bien distinto. Fué el caso que como se le destinara á servicios de mostrador, veíasele con frecuencia desviar la atención de sus obligaciones y entretenido en hacer figu-

rillas de madera de relativa perfección, con improvisadas gubias; lo que le proporcionaba no escasas reprimendas de su padre y superiores. Y así fué cómo, entre otros objetos curiosos, llegó á labrar las piezas de un ajedrez completo; dando ocasión para que su familia al fin hiciera alto en las inclinaciones de Gabriel y resolviera separarle del comercio y hacer que viniese á estudiar la escultura (que era lo que él ardientemente deseaba) á nuestra Escuela de Bellas Artes. Esta determinación no pudo con todo, llevarse á cabo desde luego, por cuya causa hubo de comenzar sus estudios tardíamente, á la no temprana edad de los veintiocho años. Mas cuando la verdadera vocación existe, no son insuperable obstáculo los años, sino antes bien, incentivo poderoso para la aplicación y el aprovechamiento; y tal fué el caso de nuestro artista, que en breve tiempo no sólo hizo íntegros los cursos, sino que obtuvo en ellos sobresalientes notas y lo que es más, captóse el aprecio y cariño de sus maestros por sus prendas personales: honor no alcanzado por muchos. (1).

(1) Sus principales maestros fueron: don Rafael Flores, de dibujo de la estampa; don Petronilo Monroy, de

La biografía de Guerra podría resumirse en estas breves palabras: estudió tarde, avanzó mucho y vivió poco.

De su rápido adelanto dió ya cabal muestra en sus primeras composiciones originales que guarda cariñosamente nuestra Academia, y las cuales fueron "Un pescador," y el grupo de "Las burlas al Amor," obras con las que puso de manifiesto su inventiva ó facultad creadora, sin la cual el artista no es artista completo por mucho que le fuere la técnica familiar.

Como alumno presentó asimismo el bajo relieve de las "Marías en el sepulcro," y una cabeza en marmol de la "Modestia." Acaso por ser el bajo relieve género de la escultura que ofrece grandes dificultades, mayormente cuando por primera vez se emprende, con las "Marías en el sepulcro" sus calificaciones en la composición, que hasta entonces habían sido las primeras, sufrieron considerable descenso: único caso que Guerra presenta de no haber ido

dibujo de ornato; don Juan Urruchi, de dibujo del yeso; don Santiago Rebull, de dibujo del natural; don José María Velasco, de Perspectiva; don Gil Servín, de Anatomía de las formas; don Manuel Gargollo y Parra, de Historia de las Bellas Artes, y don Miguel Noreña, de Escultura.

adelante, pues su carrera fué ejemplo de constantes progresos. Y aún en rigor, no puede decirse que en esta ocasión dejara de avanzar, si se atiende á que por las severas censuras que oyera de labios de Rebull con motivo de la composición referida, hubo de sacar gran enseñanza. Así nos lo persuade el hecho de haberse levantado bien pronto el escultor con su nuevo bajo relieve del "Tormento de Cuauhtemoc," pues para un sujeto modesto é inteligente como lo fué Guerra, las justas censuras antes que de pena, sirven de provechosa enseñanza. Ya formado escultor, ayudó á su maestro Don Miguel Noreña durante los años de 1885, 1886 y 1887, en las obras del monumento á Cuauhtemoc, levantado en la Calzada de la Reforma: haciendo, además, bajo la dirección de aquel, el bajo-relieve poco ha mencionado que representa el tormento del héroe azteca. Esta obra, que fué muy del agrado del público, dióle cierta notoriedad y su nombre fué ya popular desde entonces. Sin embargo de que la composición del "Tormento de Cuauhtemoc" está bien concebida y de ser la figura del héroe de buenas proporciones, de tipo noble y altivo hasta la fiereza, todavía se pueden hacer algunos reparos por cier-

tos detalles de la perspectiva y aún por las figuras de los españoles que carecen del suficiente carácter.

No mucho después de haberse concluído el suntuoso monumento á que hemos hecho referencia, encargósele á Guerra la estatua de Homero, para la Biblioteca Nacional; obra que ejecutó ya sin la inmediata dirección de su maestro y marcando un paso más en el camino del arte; pues si bien el "Homero" no tiene aquel espíritu y valentía del Cuauhtemoc, revela, en cambio, mayor conocimiento del natural; y en cuanto al tipo, postura y traje, son harto apropiados, señalándose con particularidad la actitud en que se advierte el mayor acierto. Con la cabeza ligeramente levantada y la apagada vista hacia el cielo, como quien demanda la inspiración á lo alto, al mismo tiempo que pulsa la lira que con la mano izquierda sostiene, la figura de Homero parece que marcha; además es este que bien cuadra al gran cantor de los griegos, cuyos épicos relatos recitaba de pueblo en pueblo. Cierto que en esa escultura se echa de menos alguna mayor idealización, ya por estar representado en ella un personaje cercano al semidiós, ya por el hábito que se tiene de verse la figura de Homero tratada casi

siempre magistralmente por las artes plásticas; pero en cambio, nótese en la misma obra, esmerado dibujo, concienzudo estudio del natural y cierto garbo en la factura, que se aparta del estilo de modelar demasiado alisado á que el autor propendía.

Habiendo contraído matrimonio Guerra con una joven de desahogada posición, no quiso nunca abandonar los trabajos artísticos, desoyendo las repetidas instancias de su padre (que había mejorado de fortuna) y esposa, para que se dedicara á más lucrativas labores, pues bien sabido es que en México las Bellas Artes aún no han alcanzado los medros que obtienen en países más cultos. Su amor á la escultura, de una parte, y de otra su firme resolución para ver libre de todo gravámen el paterno caudal, dábale ocasión para estar en el taller siempre afanado en el trabajo. Mas como advirtiera el desvío de sus compatriotas por el arte, acudió al género cultivado por los artistas de no gran inventiva ó cuya clientela la forman personas sin mucha predilección por las obras originales: el retrato. Pero dominaba tan bien el natural, érale ya tan familiar el modelado que los retratos que ejecutó en yeso ó en bronce, tuvie-

ron relativa aceptación y demanda; de donde vino á ser la iconografía especialidad suya, como lo hubiera podido ser cualquier otro género, la escultura religiosa, por ejemplo, de que al comienzo de su carrera había dado excelentes muestras.

Entre los bustos que ejecutó, enumeráanse los de don Leandro Fernández, don Manuel Dublán, don Manuel González Cosío, don José V. del Collado, don Antonio de la Fuente, del Dr. Lucio, de los generales Porfirio Díaz, Carlos Pacheco y Salazar y Arteaga, llamados estos generalmente los "mártires de Uruápan." Algunos de dichos bustos, que fueron presentados en la Exposición de París de 1889, valiéronle á su autor la medalla de segunda clase, siendo á tal propósito, dignas de consignarse, las circunstancias en que le fué concedida aquella recompensa. Como no hubiesen llegado con la debida oportunidad á la capital de Francia algunos de los bustos referidos, no pudieron tampoco quedar expuestos el día en que el jurado de Bellas Artes pasó á calificar las obras de la Sección mexicana; pero habiendo acudido posteriormente á visitarla en lo particular, el célebre pintor Meissonier, Presidente de aquel jurado, reparó en las es-

culturas de Guerra, y examinándolas con la debida detención, propuso para las mismas el premio á que antes se ha hecho referencia. (1)

Ejecutó asimismo nuestro autor, las estatuas de Zarco y del General Revueltas, é hizo los bocetos para las de Morelos y Victoria; obras en que se advierte en cierta manera, dominadas las dificultades que para las buenas líneas escultóricas ofrece el traje moderno; lo cual más de manifiesto aparece en su sobresaliente estatua del General Don Carlos Pacheco. su última obra, y obra maestra, y la que no vacilamos en comparar por su mérito al "Colón" de Vilar, la última también y mejor obra que salió de manos de este notable escultor. Con la suya demostró Guerra, como de tiempo atrás lo había hecho ya patente el autor de la bella estatua de Cavour de Milán, que no es imposible dar formas artísticas con el traje moderno; pues si bien es cierto que mediante el desnudo, los amplios trajes antiguos, y aun los cortos de la Edad Media, logra más fácilmente la escultura encontrar la belleza de la forma, no lo es menos que cuando hay talento y á éste

(1) La anécdota nos la refirió el comisionado que en la Exposición tuvo á su cargo el Grupo 1º, ó de Bellas Artes, de la Sección de México.

se aduna el trabajo, pueden muy bien ser superadas las dificultades que ofrece la ingrata indumentaria de nuestros días, y obtenerse con ella líneas hermosas. Mas no es ésta la única dificultad vencida en la estatua del General Pacheco. Tratándose de una figura como la de éste, atrozmente mutilada, estando falto dicho personaje, del brazo y pierna izquierda, parecía casi imposible que el escultor alcanzara éxito con una estatua en semejantes circunstancias, del natural; y sin embargo, Guerra obtúvole completo. Para ello debió de luchar grandemente, y así nos lo persuaden los tres bocetos del escultor que vimos al visitar su taller; recién fallecido, desde el anatómico hasta el casi definitivo. ¡Cuán satisfactorio, empero, nos fué el ir viendo en ellos mejorando la obra paulatina, pero seguramente hasta contemplarla ya en grande en el barro, y disimulados allí los esfuerzos previos y ostentándose esa difícil facilidad de las grandes obras!

La estatua representa al General Pacheco en el traje de General mexicano, y en el momento en que se pone en pie, apoyado en las muletas, como para escuchar atentamente los saludos ó felicitaciones que al soldado de la Reforma se le dirigen. A tan momentáneo ademán, la capa que va cayéndole hacia el lado iz-

quierdo en naturales y amplios pliegues, sólo pende del hombro derecho. Por este sencillo y fácil recurso logró el estatuario disimular la falta de los importantes miembros de que la figura carece, dándole, al propio tiempo, grandiosidad y elegancia; elegancia y grandiosidad á que también contribuyen su altura—dos metros y medio—proporciones, movimiento natural y digno, buen partido de paños, excelentes líneas é idealización de las formas, que en los trabajos anteriores del autor echábase de menos. Esta importante obra, hecha por encargo del Gobierno del Estado de Morelos, y á sus expensas, para ser colocada en un jardín público de Cuernavaca, contratóla nuestro escultor en harto moderado precio, deseoso como estaba, de que tuviera digno monumento quien había sido liberal protector suyo. ¡Acción noble y digna de encomio!

Séanos permitido referir las circunstancias en que intervenimos, para lograr que la obra maestra de Guerra se salvara de una destrucción casi segura. Al morir el escultor, dejó concluída, pero todavía en el barro, la estatua en cuestión, que había quedado al cuidado de un discípulo suyo, el joven Melesio Aguirre. Deseosos nosotros de conocer el último trabajo del autor del "Tormento de Cuauh-

temoc," ocurrimos á su estudio, y quedamos vivamente sorprendidos al ver los aciertos y grandes bellezas de la escultura. Y sabiendo que estaba amenazada de ser destruída, por no estar aún vaciada en yeso, y porque el Gobierno del Estado de Morelos vacilaba en hacer que se llevase á término, por las especies erróneas que hasta él se habían hecho llegar por un competidor de Guerra, sobre supuestas imperfecciones de la estatua; acudimos al fotógrafo señor O. de la Mora, encomendándole tomara unas buenas reproducciones de dicha estatua. Provisos de ellas, remitimos unas al Gobernador del Estado de Morelos, y las demás las presentamos al señor Director de la Academia de Bellas Artes, á fin de interesarlos por la obra. Uno y otro se interesaron, con efecto, por ella, y mientras que el primero determinó que se llevara á cabo, el segundo adquirió para la Escuela de Bellas Artes el vaciado en yeso que hoy se exhibe en una de sus galerías de escultura. (1)

(1) La estatua del General Pacheco algo desmereció en el vaciado en bronce que de ella hizo la Fundición Artística en 1894 y que envióse á Cuernavaca. Existe una imitación de la obra de Guerra, hecha por el escultor italiano don Enrique Alciati, en el sepulcro del mismo General Pacheco, en la Rotonda de los Hombres Ilustres del cementerio de Dolores.

No fué Guerra extraño á la escultura religiosa, supuesto que dejó dos bustos en mármol, del Salvador y de la Virgen, de fina y agraciada ejecución, y una estatua de San Antonio, encargo éste último, del arquitecto Don Emilio Dondé. Apartándose del convencionalismo consagrado, según el cual los escultores imagineros invariablemente representan á dicho santo, de pie y sosteniendo en un brazo al niño Dios, "mofletudos, plácidos y orondos," Guerra, con mejor acuerdo, púsole arrodillado sobre un grupo de nubes, en actitud reverente y humilde, sosteniendo con ambos brazos al Jesusito desnudo, y con el demacrado rostro propio del asceta.

Con tan contadas esculturas, mostró suficientemente nuestro autor, que no le faltaba inspiración religiosa, y que de habersele encomendado en este género obras de mayor empeño, lógico es presumir que habría salido airoso en el encargo.

Desempeñó importantes trabajos de ornamentación en el Palacio Municipal, en compañía del pintor Don Félix Parra, así como en el Ministerio de Hacienda; hizo los del monumento de Hidalgo en Dolores, los de los "mártires de Uruapan," en esta ciudad, y á él se debieron, en fin, los elegantes vasos de bronce que

decoraron el Paseo de la Reforma. De éstos, los de mayor tamaño, que son notoriamente los más bellos, tomólos de un dibujo del gran jarrón de Sévres presentado por Mr. Cheret para el concurso de 1879. (1) Pero además de la buena elección de este hermoso modelo, tuvo Guerra el mérito de haberle hecho felices modificaciones de forma y de tamaño, adaptándolo con mucho acierto, al sitio para que estaban destinados los vasos, donde aparecen esbeltos y grandiosos, vistos en conjunto, y finos, en detalle.

Otro modelo de vasos, de bellos perfiles, y acaso de su completa invención, dejó sin concluir, por haberle sorprendido terrible parálisis cuando acababa de modelar en grande la estatua de Pacheco; enfermedad que por espacio dilatado sufrió con valor estóico, hasta el momento en que rindió el alma á Dios, dejando huérfanos á cuatro tiernos vástagos.

El país perdió con él á un hijo ilustre que le prometía con sus futuras producciones nueva y acaso mayor gloria. El mismo hado fatal que prematura é inesperadamente interrumpió vidas como la del poeta Manuel Acuña, del pintor Rafael Sagrado, del arquitecto Francisco Ji-

(1) Véase la "Revue des Arts Decoratifs," 5e Année P. 240.

ménez y del músico Felipe Villanueva, cuya inspiración respectivamente rayó tan alto, arrebatónos también la existencia de Gabriel Guerra; pero, ¡ah! si pudo lograr que no prosiguiera con tanto honor el ministerio artístico, no le será dado ni privarnos de las obras que legó ni desceñirle la corona de la inmortalidad; pudiendo decir nosotros en esta ocasión, de aquel terrible hado, lo que el poeta Horacio: "non tamen irritum quodunque retro est efficiet!"

Fué Guerra de baja estatura, vulgares facciones y sencillo porte; afable y modesto, no con la falsa, sino con la verdadera modestia; laborioso, servicial y prudente; con los superiores respetuoso y bondadoso con los subalternos. Cuando alguna vez la torva envidia, de que no se vió libre, le asestó sus tiros, procuró evitarlos, sin inmutarse. Rindióle homenaje siempre, á la moralidad artística, consistente esa moralidad en no ver en el arte un simple medio de especulación, antes bien, el noble sacerdocio de la belleza. Su crédito y fama de artista no fueron resultado de bastardas artimañas, sino del talento, el saber y el trabajo. El renombre de Guerra, será, pues, duradero, porque fué bien adquirido.

Diciembre de 1901.

SANTIAGO REBULL